

Ante una Naturaleza desbordada o vigorosa, Giner retrocede hasta sí mismo; no puede hacerla coincidir con la dulce melancolía de sus "galerías interiores" ("El corazón ya no puede / con tanto bosque furioso. / Los ojos que aún me quedaban / se cierran tristes y solos."), pero en los crepúsculos del Valle de México encuentra su tierra natural:

*Sobre el valle, entre la noche,
muerto el sol, alta la nieve,
parece que lo he encontrado
lentísima y dulcemente.*

(Atardecer en el Valle)

Estos *Poemas mexicanos*, limpios, emotivos y cautelosos —aunque expuestos a ser llamados "menores" por una crítica en exceso parcial— han nacido de "esa zona central de nuestra psique", la del sentimiento, que para Antonio Machado era el origen de toda lírica verdadera.

J. P. B.

JUAN COMAS, *Manual de antropología física*. Fondo de Cultura Económica, México, 1957. 198 pp.

Mientras que en otros campos de la ciencia, surgen anualmente manuales o introducciones, en antropología física debido a la amplitud del tema, como a las dificultades del mismo, apenas si se han editado dos o tres, hace ya algunos años, por diferentes autores (Montagu, Pérez de Barradas, etc.), que no han acabado de llenar el vacío existente. Ya en estos momentos, las revisiones críticas que aparecen en las revistas especializadas de antropología de todo el mundo, indican que el *Manual de antropología física* que ahora reseñamos ha venido, por fin, a subsanar esa falta. Es más, tenemos noticias de que dicho *Manual* posiblemente será traducido al inglés y al portugués.

La obra consta de las siguientes partes: Generalidades, Origen y Evolución del Hombre, Herencia, Crecimiento, Somatología, Biotipología, Osteología, Paleantropología, Raciología, Aplicaciones de la Antropología, siete Apéndices, Bibliografía e Índices.

Vemos, pues, que no se ha dejado fuera ninguna de las principales secciones que abarca la antropología física.

Creemos de especial interés, sin menoscabo de las otras, las partes segunda y octava dada la autoridad del autor en este tema, así como su reconocida buena información que se trasluce en la bibliografía que adjunta. La décima, como los apéndices, es de mucha utilidad, y siguiendo el tono fundamentalmente didáctico e instructivo con que fue concebido el libro, también son de provecho, como toda la obra, para el especialista.

El libro tiene todavía mayor importancia ya que la antropología física ha sido poco difundida. Paradójicamente, el hombre se ha ocupado de estudiar a todos los seres que lo rodean; pero lo ha hecho poco consigo mismo, y si se puede hablar de toda una filosofía antropocentrista, desde el punto de vista biológico no ha ocurrido igual.

El estudio de las funciones y de los órganos que constituyen al ser humano parece haber sido un poco despreciado por el investigador. Quizá la supervaloración que de sí mismo se ha forjado el ser humano ha hecho que éste, sin estudiarse a fondo, se haya colocado en la cúspide de la escala de los seres vivientes; pero repeliendo en su fuero interno

el parentesco que lógicamente le correspondía, por lo menos con los más allegados vecinos que, con él en la cúspide, integran la pirámide biológica.

La antropología física ha borrado tales barreras, toma al hombre como uno de tantos seres de la escala zoológica. Lo analiza en sus más mínimos detalles, a base de éstos lo clasifica, comparándolo entre sí y con los demás seres, busca sus antecedentes, y lo sitúa en el tiempo y en el espacio, hurgando sus orígenes más remotos, y después siguiendo su pista para caracterizar las modificaciones que la herencia y el medio le han ido imprimiendo. Estudia sus variaciones y su

forma de desarrollo, en fin se ocupa de sus reacciones orgánicas y psíquicas de acuerdo con su constitución y temperamento.

De todo ello nos habla Comas en forma amplia y bien documentada; pero además se ocupa de las técnicas y procedimientos usuales en la disciplina que utiliza un instrumental mecánico y de interpretación indispensable para el correcto aprovechamiento de los datos obtenidos.

Felipe Montemayor, uno de sus discípulos destacados, colabora con él en la presentación del capítulo referente a Mé todo Estadístico.

E. D. H.

BREVE HOMENAJE A MANUEL PEDROSO

NO RECUERDO cuándo llegó a México, desde una maltratada España, don Manuel Pedroso. Ni siquiera tengo memoria de que haya venido de alguna parte. Nosotros, sus discípulos, lo considerábamos nuestro. Nuestro de siempre. Eso sí: su presencia en la Facultad de Derecho inauguró una época. Sus palabras y su amistad fecundaron insólitas vocaciones; orientaron hacia una nueva actitud espiritual la enseñanza y el aprendizaje. "Hay maestros —decía Pedroso una vez— que lo son por la paga; otros lo son por costumbre; yo soy maestro porque tal es mi camino en la vida." Era de fijo esta conciencia de apostolado lo que mantuvo hasta el fin su devoción y su nobleza. A la par comprensivo y responsable, no menos atento a la comunicación humana, que a la disciplina intelectual, entregaba todas sus horas a la misión elegida; una fértil misión que nada, sino la muerte, logró detener en definitiva.

Bien sabía que el Derecho, como cualquier otra rama del saber, por ser justamente una rama no era el árbol entero ni podía sustentarse en sí y por sí. A cada paso, pues, acudía al árbol complejo de la cultura, y no desdiseñaba el concurso vivificante de la filosofía o la literatura. Pero quizá su principal aportación la brindaba, con su persona misma, en con-

tactos menos formales. Su magisterio trascendía, no ya los límites de su cátedra, sino las propias fronteras escolásticas. En cierto modo, y con no escaso ingenio, también profesaba —yo no sé qué jovial humanismo— en el diálogo callejero, dentro de su casa, dondequiera en fin, que hubiera, y siempre lo había, oídos dispuestos a escucharlo.

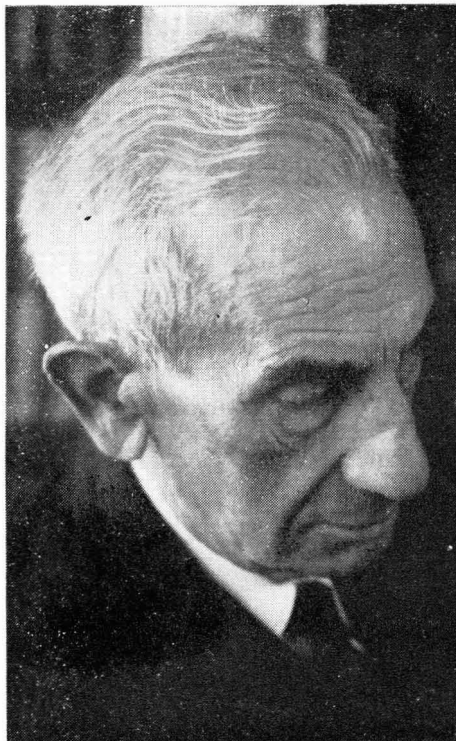
UNIVERSIDAD DE MEXICO lo contaba entre sus colaboradores más queridos e indispensables. Y consigna aquí el vacío que nos deja, al cabo de una fecunda labor, su desaparición penosa.

J. G. T.

RECUERDO DE DON MANUEL

IMAGINADA POR VELÁZQUEZ, pero realizada por El Greco, la figura concentraba, en el fuego alerta de los ojos, la pasión gualda y solar de Goya. Un perfil de paisaje toledano; las pupilas mediterráneas. Y las manos, ¿no recordaban, en el reposo, las célebres del Marqués de Montemayor, y en la acción, las del bailarín flamenco? Encuentro de meseta y olivar, de torre y océano, de paño negro y vino rojo, don Manuel Pedroso —madrileño, andaluz, heleno, europeo y americano— era el estilo exacto de la gracia profunda. Unidad diversificada, intensidad de las facetas, alegría para lo alegre, inteligencia para lo inteligente, su sabiduría parecía gratuita y era necesaria, sobrepasaba la ocasión sin dejarse percibir fuera de ella. Y jamás —¡Dios lo librara, y si no, Cervantes!— solemnidad.

La puerta de la biblioteca se abría y la mano trazaba un arabesco de Montesquieu a Bodino, del elegante dibujo de Tocqueville a la foto de una misteriosa dama de los treintas. El sillón de cuero, obsequiosamente plegado a la postura lectiva de su ocupante; la pequeña mesa donde hervía el café; la otra, mayor, de nogal labrado; y el respiro de libros pensados, consultados, exprimidos. Los cuadernos de notas, a su derecha, y a sus espaldas, la luz y la calle de Amazonas. A las cuatro de la tarde, la tertulia de estudiantes. Los viejos amigos, acostumbrados a los signos sutiles del lugar y del maestro; los nuevos, tiesos en las sillas, recorriendo con los ojos redondos los estantes; las muchachas, siempre; la alegre risa de Lita; el inminente abogado ansioso de abandonar el examen de Eurípides por el que lo conducía Pedroso para abordar el del Derecho de Asilo



Manuel Pedroso— "un maestro"